

VON KEMPELEN Y SU DESCUBRIMIENTO EDGAR ALLAN POE



Digitalizado por

LIBROdot.com

<http://www.librodot.com>

Después del muy minucioso y elaborado artículo de Arago, por no hablar de la reseña del Silliman's Journal, con la detallada exposición que acaba de publicar el Teniente Maury, por supuesto no habrá de suponerse que estos apresurados comentarios con referencia al descubrimiento de Von Kempelen encierran de mi parte ninguna intención de analizar el tema desde un punto de vista científico. Mi objetivo es simplemente, en primer lugar, decir algunas palabras sobre Von Kempelen mismo (a quien, hace algunos años, tuve el honor de conocer en persona, siquiera de un modo superficial), ya que, en este momento, todo lo relacionado con él debe necesariamente ser de interés; y, en segundo lugar, analizar de manera general y especulativa las consecuencias del descubrimiento.

2

Quizá también sea, sin embargo, presentar las someras observaciones que tengo para exponer, negando con firmeza lo que parece ser una impresión general (recogida, como es habitual en estos casos, de los diarios), vale decir: que el descubrimiento, asombroso como es sin duda alguna, es sin precedentes.

Si se consulta el Diario de Sir Humphrey Davy (Cottle and Munroe, London, pp. 150), en las páginas 53 y 82 se verá que este ilustre químico no sólo había concebido la idea ahora en cuestión, sino que había logrado en concreto un avance no despreciable, experimentalmente, en el mismo análisis idéntico tan triunfalmente sacado a la luz ahora por Von Kempelen, quien, aunque no hace la menor alusión a él, está sin duda (lo digo sin vacilar, y puedo demostrarlo, si hace falta) en deuda con el Diario, al menos por la primera pista de su propio trabajo. Si bien un tanto técnicos, no puedo abstenerme de copiar dos pasajes del Diario, con una de las ecuaciones de Sir Humphrey. [Al no tener los signos algebraicos necesarios, y

dado que el Diario puede consultarse en la AthenAEum Library, omitimos aquí una pequeña porción del manuscrito de Mr. Poe. - Los editores.]

El artículo del Courier and Enquirer, que anda dando vueltas ahora por la prensa, y que pretende reclamar el invento en favor de un tal Mr. Kissam, de Brunswick, Meno, me parece un tanto apócrifo —confieso—por varias razones; no obstante, en la declaración efectuada no hay nada imposible o muy improbable. No necesito entrar en detalles. Mi opinión sobre el artículo se basa principalmente en su forma. No parece cierto. Las personas que narran hechos rara vez son tan minuciosas como da la impresión de ser Mr. Kissam respecto del día, la fecha y la ubicación exacta. Por otra parte, si Mr. Kissam realmente hizo el descubrimiento que sostiene haber hecho, en el momento manifestado —hace casi ocho años—, ¿cómo es que no hizo nada, de inmediato, para cosechar los inmensos beneficios que el descubrimiento le habría reportado a él en lo personal, si no al mundo en general, como el más simple palurdo advertiría? Encuentro bastante increíble que cualquier hombre de inteligencia normal pudiera haber descubierto lo que Mr. Kissam dice que descubrió, y que actuase a continuación de una manera tan infantil —tan desatinada—como Mr. Kissam admite haber actuado. De paso, ¿quién es Mr. Kissam? y, ¿no es el artículo entero del Courier and Enquirer un cuento elaborado para "dar que hablar"? Debe admitirse que tiene un sorprendente aire de broma plausible¹. En mi humilde opinión, debe otorgársele muy poco crédito; y si yo no supiera bien, por experiencia, con cuánta facilidad se confunden los hombres de ciencia en temas que escapan a su espectro habitual de investigación, me asombraría profundamente ver a un químico tan eminente como el profesor Draper tratar en un tono tan serio las pretensiones de Mr. Kissam (¿o Mr. "Burlam"?) respecto del descubrimiento.

Pero volvamos al Diario de Sir Humphrey Davy. Este trabajo no fue pensado para el juicio público ni siquiera tras la muerte del escritor, como cualquier persona con alguna experiencia en la autoría de inmediato comprobará por sí misma tras echar una ligera mirada al estilo. En la página 13, por ejemplo, cerca de la mitad, leemos, con referencia a sus investigaciones sobre el protóxido de nitrógeno: "En menos de un minuto siendo continua la respiración, disminuyó gradualmente y fueron sucedidas por similar a una suave presión en todos los músculos". Que la respiración no "disminuyó" no sólo resulta claro por el contexto posterior, sino por el uso del plural "fueron". La frase, sin duda, fue pensada así: "En menos de un

¹ "Moon-hoax-y air", en el original. Referencia a un famoso informe de supuestos descubrimientos extraordinarios en la Luna, hechos por Sir John Herschel a partir de sus observaciones en el Cabo de la Buena Esperanza. Publicado por Richard Adams Locke en el New York Sun, en 1835, estaba elaborado de manera tan plausible que engañó durante un tiempo al público en general, e incluso a algunos hombres de ciencia. De Morgan, en A Budget of Paradoxes (Londres, 1872), atribuye su autoría a J. N. Nicolle, un astrónomo francés residente en los Estados Unidos. [N. de la T.]

3 minuto, siendo continua la respiración, [ese conjunto de sensaciones] disminuyó gradualmente, y [éstas] fueron sucedidas por [una sensación] similar a una suave presión en todos los músculos". Un centenar de ejemplos análogos demuestra que el manuscrito, tan desconsideradamente publicado, no era más que un borrador de apuntes, destinado únicamente al propio escritor; y una inspección del impreso convencerá a cualquier individuo pensante de la verdad de mi sugerencia. De hecho, Sir Humphrey Davy era la última persona en el mundo en comprometerse en cuestiones científicas. No sólo tenía un desagrado más que natural por la charlatanería, sino que el parecer empírico le provocaba un temor enfermizo; por lo tanto, aunque hubiese estado plenamente convencido de hallarse en la pista correcta en la materia ahora en cuestión, nunca habría manifestado su opinión hasta no tener todo dispuesto para la demostración más práctica. Creo en verdad que sus últimos momentos habrían sido tristes si hubiese sospechado que sus deseos en cuanto a quemar este Diario (lleno de puras especulaciones) pudieran ser desatendidos como, al parecer, lo fueron. Digo "sus deseos" pues creo que no puede discutirse en modo alguno que pensaba incluir ese cuaderno de apuntes entre los misceláneos papeles destinados "al fuego". Si escaparon a las llamas por buena o mala fortuna, todavía habrá de verse. Y que los pasajes arriba citados, con los demás pasajes aludidos, le dieron la pista a Von Kempelen, no tengo la más ligera duda; pero, repito, todavía habrá que ver si ese descubrimiento trascendental (trascendental en cualquier circunstancia) será útil o perjudicial para la humanidad en su conjunto. Que Von Kempelen y sus amigos cercanos recogerán una rica cosecha, sería necio dudarlo siquiera un instante. No estarán tan seniles como para no "sacarle rédito", con el tiempo, mediante la adquisición de casas y de tierras, junto con otros bienes de valor intrínseco.

En la breve descripción de Von Kempelen aparecida en el Home Journal y extensamente copiada desde entonces, el traductor, quien declara haber tomado el pasaje de un número reciente del Schnellpost de Presburg, parece haber interpretado de manera errónea varios términos del original alemán. Evidentemente viele fue mal entendido (como lo suele ser); y lo que el traductor vierte como "dolores" probablemente sea liden, que en su traducción correcta, "sufrimientos", daría una naturaleza completamente distinta de toda la descripción; pero, por supuesto, mucho de esto es mera conjetura de mi parte.

Con todo, Von Kempelen no es en absoluto "un misántropo", al menos en apariencia, más allá de lo que pueda ser en los hechos. Lo conocí de manera totalmente casual, y estoy apenas autorizado a decir siquiera que lo conozco realmente; pero haber visto y haber conversado con un hombre de una notoriedad tan prodigiosa como la que ha obtenido, u obtendrá en pocos días, no es un asunto menor, en estos tiempos.

The Literary World se refiere a él confiadamente como un nativo de Presburg (llevado a la confusión, quizá, por el artículo del Home Journal), pero yo puedo afirmar positivamente, porque lo escuché de sus propios labios, que nació en Utica, en el estado de Nueva York, aunque sus padres, creo, son oriundos de Presburg. La familia está de algún modo relacionada con Mäelzel, recordado por el jugador de ajedrez autómatas. [Si no nos equivocamos, el nombre del inventor del jugador de ajedrez fue Kempelen, o Von Kempelen, o un nombre similar. - Los editores.] En cuanto a su aspecto, es un individuo bajo y corpulento, con grandes, pesados, ojos azules, cabello rubio y patillas, una boca ancha pero agradable, dientes finos, y una nariz romana, creo. Tiene un defecto en uno de sus pies. Su trato es abierto, y sus modales exhiben una marcada bonhomie. En conjunto, parece, habla y actúa tan poco como "un misántropo" como ningún hombre que yo haya conocido. Hace unos seis años, compartimos una semana como huéspedes en el Earl's Hotel, en Providence, Rhode Island; y supongo que, sumando las distintas ocasiones, conversé con él unas tres o cuatro horas en total. Sus temas principales eran los del día, y nada que saliera de él me llevó a sospechar sus dotes científicas. Dejó el hotel antes que yo, con la idea de ir a Nueva York y, desde allí, a Bremen; fue en esta última ciudad donde se hizo público por primera vez su gran descubrimiento; o, más bien, fue allí donde se sospechó por primera vez que lo había hecho. Esto es todo lo que personalmente sé del ahora inmortal Von Kempelen; pero he considerado que incluso estos pocos detalles serían de interés para el público.

No habrá de dudarse que la mayoría de los fantásticos rumores surgidos en torno a este asunto son puras invenciones, a las que puede dárseles tanto crédito como a la historia de la lámpara de Aladino; y, sin embargo, en un caso de este tipo, como en el de los descubrimientos de California, es claro que la verdad puede ser más extraña que la ficción. La siguiente anécdota, al menos, está tan bien refrendada que podemos

aceptarla sin reservas.

4 Von Kempelen nunca había estado siquiera medianamente bien de fortuna durante su residencia en Bremen; y a menudo, era bien sabido, se había visto obligado a recursos extremos para juntar sumas insignificantes. Cuando se produjo el gran escándalo por la falsificación en la casa de Gutmuth & Co., las sospechas se dirigieron a Von Kempelen, en razón de que había comprado una respetable propiedad en Gasperitch Lane, negándose a explicar, al ser interrogado, cómo obtuvo el dinero para realizar la compra. Terminó siendo arrestado, pero no surgió nada decisivo en su contra, y al final fue puesto en libertad. La policía, no obstante, mantuvo una estricta vigilancia de sus movimientos, y así descubrió que abandonaba su casa regularmente, tomando siempre el mismo camino, y escapando invariablemente de los agentes en ese laberinto de pasajes angostos y tortuosos conocido por el pomposo nombre de Dondergat. Finalmente, a fuerza de mucha perseverancia, lo siguieron hasta el ático de un viejo edificio de siete pisos, en un callejón llamado Flatzplatz; y, cayendo por sorpresa sobre él, lo encontraron, tal como imaginaban, en medio de sus operaciones fraudulentas. La perturbación de Von Kempelen fue tanta que los oficiales no dudaron un solo instante de su culpa. Después de esposarlo, registraron el cuarto, o los cuartos más bien, pues parece que había ocupado toda la mansarde.

Entrando en el ático donde lo atraparon, había un gabinete de tres pies por ocho con un aparato químico cuya función aún no se ha establecido. En una esquina del gabinete había un pequeño hornillo con un fuego encendido, calentando una especie de crisol doble: dos crisoles conectados por un tubo. Uno de los recipientes estaba casi lleno de plomo en estado de fusión, pero sin llegar hasta el paso del tubo, que estaba cerca del borde. El otro crisol tenía un líquido que, cuando los oficiales entraron, parecía estar vaporizándose enérgicamente. Los oficiales relatan que, al verse atrapado, Von Kempelen tomó los crisoles con las manos (protegidas por guantes que resultaron ser de asbesto), y arrojó su contenido al piso embaldosado. Fue en ese momento cuando lo esposaron; y antes de proceder a registrar el lugar, registraron su persona, pero no le encontraron encima nada extraño, salvo un pequeño atado de papel, en el bolsillo del saco. Según se determinó más tarde, lo que había en ese paquete era una mezcla de antimonio y alguna sustancia desconocida, en proporciones casi —aunque no exactamente— iguales. Hasta ahora, todos los intentos de analizar la sustancia desconocida han fracasado, pero sin duda terminará por ser identificada.

Saliendo del gabinete con el prisionero, los agentes pasaron por una suerte de antecámara, en la que no se halló ningún material, hasta el dormitorio del químico. Allí revisaron algunos cajones y cajas, pero sólo encontraron algunos papeles sin importancia y algún dinero, en plata y oro. Finalmente, al mirar debajo de la cama, vieron un baúl grande de cuero, común y corriente, sin goznes, candado ni cerradura, con la tapa negligentemente apoyada al través sobre la parte inferior. Cuando intentaron sacar el baúl de aquel sitio, los oficiales comprobaron que con su fuerza junta (eran tres hombres, todos ellos fornidos) "no pudieron moverlo una sola pulgada". Sumamente sorprendidos, uno de ellos se metió debajo de la cama y, mirando adentro del baúl, dijo:

"No me asombra que no lo moviéramos... ¡Está lleno hasta el borde de pedazos de bronce viejo!"

Apoyándose ahora con los pies contra la pared a fin de tener una buena palanca, y empujando con toda su fuerza mientras sus compañeros tiraban con toda la de ellos, el baúl fue arrastrado dificultosamente hasta quedar al descubierto, permitiendo examinar su contenido. Los supuestos trozos de bronce que lo llenaban eran piezas pequeñas y lisas, cuyo tamaño oscilaba entre el de una arveja y el de un dólar; mostraban diferentes formas, si bien en su mayoría se veían más o menos planas, "muy parecidas a como se ve el plomo cuando se lo arroja al piso en estado de fusión, y se lo deja enfriar allí". Ahora bien, ninguno de esos oficiales sospechó por un instante que ese metal fuera ninguna otra cosa sino bronce. La idea de que pudiera ser oro jamás asaltó sus cerebros, por supuesto; ¿cómo podría habérseles ocurrido una fantasía tan descabellada? Y bien podemos imaginarnos su asombro cuando, al día siguiente, se supo en todo Bremen que el "montón de bronce" que habían transportado tan despectivamente al departamento de policía, sin tomarse la molestia de guardarse en el bolsillo un mínimo fragmento, no sólo era oro —oro genuino—, sino oro mucho más fino que el empleado para acuñar monedas, de hecho: absolutamente puro, virgen, sin la más mínima aleación detectable.

No necesito entrar en los detalles de la confesión (hasta donde llegó) y liberación de Von Kempelen,

5 pues el público los conoce. Ninguna persona cuerda está en libertad de dudar que, en espíritu y en sustancia, si no al pie de la letra, Von Kempelen ha consumado realmente la vieja quimera de la piedra filosofal. Las opiniones de Arago son, por supuesto, merecedoras de la mayor consideración; pero no es en modo alguno una persona infalible, y lo que dice del bismuto en su informe a la Academia debe tomarse cum grano satis. La simple verdad es que, hasta este momento, todos los análisis han fracasado; y hasta que Von Kempelen decida brindarnos la clave de su enigma, es muy probable que la cuestión permanezca, durante años, in statu quo. Todo lo que hasta ahora podemos legítimamente decir que se sabe es que "es posible hacer oro puro a voluntad, y muy fácilmente, a partir de plomo mezclado con ciertas otras sustancias de especie y en proporciones desconocidas".

Hay mucha especulación, por supuesto, en cuanto a las consecuencias inmediatas y últimas de este descubrimiento, un descubrimiento que pocas personas inteligentes dudarán en relacionar con el acrecentado interés por la cuestión del oro en general, debido a los recientes hallazgos en California; y esa reflexión nos lleva inevitablemente a otra: la profunda inoportunidad de las indagaciones de Von Kempelen. Si muchos desistieron de aventurarse a California por el mero temor de que, en razón de su abundancia en las minas de la zona, el oro pueda disminuir sustancialmente su valor, a punto tal de volver cuestionable la idea de ir tan lejos en su búsqueda, ¿qué impresión producirá ahora en la mente de aquellos que estaban por emigrar, y especialmente en la de aquellos que ya se encuentran en la región, el anuncio de este sorprendente descubrimiento de Von Kempelen? Un descubrimiento que declara, sin ambages, que más allá de su valor intrínseco para fines industriales (cualquiera que sea ese valor), el oro es ahora, o será dentro de poco (porque no puede suponerse que Von Kempelen pueda guardar mucho tiempo su secreto) de un valor no superior al del plomo, y muy inferior al de la plata. Es, sin duda, muy difícil especular en perspectiva sobre las consecuencias del descubrimiento; pero puede sostenerse positivamente una cosa: que el anuncio del descubrimiento, hace seis meses, habría tenido incidencia material con respecto a la colonización de California.

En Europa, hasta el momento, las consecuencias más notables han sido un alza del dos por ciento en el precio del plomo, y de casi el veinticinco por ciento en el de la plata.